

Y aquí otra vez la canción popular: “El amigo verdadero ha de ser como la sangre: que siempre acude a la herida, sin esperar que la llamen”.

Las heridas de Jesús son en su Corazón ofendido, en sus llagas despreciadas; son por las espinas de ingratitudes... Manó sangre... Estuvo sangrando: **Ecce homo...**

Acude a consolarle... No esperes ya más... que ha comenzado a quejarse: “Busqué quien se contristara conmigo, y no lo hube; busqué quien me consolara, y no lo hallé...” (Sal 68,21).

Por quiénes reparar

Primero por mí mismo. ¡Años de vida! Quizás no muchos, pero... un hombre tan pequeño y tan gran pecador. *Tantillus homo, et tantus peccator*. Tan pequeño y tan pecador.

Que en adelante mi vida sea borrar el pecado, satisfacer por el pasado... volver por mi Jesús tan cruelmente ofendido por mí...; que si no he seguido a San Luis el inocente, siga al penitente “*ut innocentem non secuti, paenitentem imitemur*”.

Por los que están unidos conmigo: Mis allegados; aquellos cuyos intereses espirituales me han sido o me estarán encomendados, como pastor de sus almas o encargado de ellas de alguna manera, bien en el foro exterior, bien en el fuero interno de la dirección espiritual.

Por las ofensas de los sacerdotes, religiosos y almas que le están consagradas. ¡Cuánto le han dolido a Jesús!... “Si el enemigo me hubiera afrentado, eso sí que lo hubiera tolerado; si el que me aborrece se hubiera insolentado contra mí, me hubiera ocultado de él. ¡Pero eras tú, compañero mío, amigo y familiar mío, con quien iba en dulce compañía, en la casa de Dios entre las gentes!” (Sal 54, 13-15).

¡Tú ofenderme...! Si fuera mi enemigo... ¡Pero tú...!

Las quejas de Jesús en el Evangelio pueden también referirse de un modo especial a los que le están consagrados: “Hace ya tanto tiempo que estoy con vosotros, y todavía no me habéis conocido” (Jn 14, 9). Tanto tiempo ocupado con Jesús, bien en el trato oficial de los actos litúrgicos, bien en el trato familiar de la oración privada..., tantos años en ella... ¡y todavía, tal vez no le hemos conocido íntimamente!

Y por no conocerle a fondo, ¡cuánta mediocridad espiritual!

Y en aquellos precisamente que deberíamos arder en su amor, para prender el fuego en los demás.

Y otra queja de infinita amargura: “¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?” (Lc 22, 48). ¿Con una señal de amor, tú, Judas, uno de los doce, uno de mis escogidos, con una señal de amistad me haces traición?

.....

Jesús se lamentaba con su Santa Confidente de ese desvío de los que le están consagrados. Ya lo hemos oído: “...Y en recompensa no recibo de la mayoría sino ingratitudes, por sus irreverencias y sus sacrilegios, y por las frialdades y menosprecios que tienen conmigo en este Sacramento de amor. *Pero lo que todavía me es más sensible es que son corazones que me están consagrados los que se conducen así*”.⁸

Por esto en la Consagración del clero al Corazón de Jesús, en la indulgenciada por San Pío X, hay unas frases de particular reparación por los sacerdotes descarriados, que deberíamos repetir con frecuencia para consolar a nuestro Rey y Supremo Sacerdote.

“Apíadate, Pastor bueno, sobre todo de los sacerdotes nuestros hermanos, si algunos caminando en la vanidad de su sentido te han contristado a Tí y a tu querida Esposa la Iglesia con defección digna de lágrimas. Concédenos devolverlos a tu abrazo o, por lo menos, expiar sus delitos, reparar los daños y dis-

⁸ *Vie et ouvres de la B.Marguerite-Marie*, tom. II, p. 102.

minuir con el consuelo de nuestro amor el dolor con que te afligen".⁹

Sobre todo por las ofensas inferidas en el Santísimo Sacramento del Altar. Estas le tocan más de cerca al que es, o va a ser, Ministro del Altar. Sí, muy de cerca, le tocan al sacerdote. Por algo es el custodio y el ministro de este Sacramento.

¡Y hay tantos herejes y paganos que no creen en esta fineza de amor!

¡Tantos cristianos que parecen ignorarla; y ni reciben al Señor, ni le visitan! Es el gran olvidado.

¡Muchos que le tratan indignamente y parecen mofarse de este Cordero mansísimo; o le reciben con profanación sacrílega, como cadáveres podridos que pretendieran ser custodia de cosas santas y vivas!.

¡Y cuánta tibieza, quizás rutina, aun en los buenos!

Y por todos los pecados del mundo. ¡Cuántos ríos de pecados que anegan a la Humanidad! Por todos hemos de reparar...

Por los endurecidos...; por los que odian a Dios...

⁹ "Enchiridion indulgentiarum", 1950, n. 744

Por los que no quieren creer en su palabra...; o desesperan de su bondad inagotable...

Pueblos, naciones, estados... apartados de Dios y de su Iglesia.

Por las públicas blasfemias..., irreverencias a las cosas y personas sagradas..., profanaciones de los días santos...

Por la tremenda lujuria del placer...; por la codicia desenfrenada del poseer...

Por tanto lodazal y ríos vertiginosos de pecados —de todas clases— que amenazan inundar el mundo entero.

Cómo reparar

En la misa con Jesucristo. Allí ofrecemos la hostia pura, la hostia santa, la hostia inmaculada en expiación... Allí volcamos los pecados del mundo entero. Allí consagramos el Cuerpo de Cristo, que se entrega, y lo sacrificamos con la palabra sacramental *en remisión de los pecados...*

Hay en la misa momentos en que resplandece más la nota y el matiz de reparación y expiación, como son los que acabamos de mencionar. Hay otros

momentos en el rito del sacrificio que tienen otra tónica, pero alcanzan un singular atractivo y devoción cuando impera en ellos el espíritu de reparación: como la acción de gracias del prefacio, ofrecida por los que ignoran y desagradecen los beneficios divinos; o la adoración que resplandece en el Sanctus, por los que injurian a Dios y le maldicen; y la comunión amorosa en desagravio de aquellos que le reciben en pecado o por rutina...

Sí, no hay acto de reparación tan grato a Dios, y a Jesucristo, como la Santa Misa ofrecida con los sentimientos del Corazón del mismo Jesús, *in unione illius divinae intentionis*, en unión con nuestro Mediador y Sacerdote principal, imitando la reverencia y la intención altísima de Aquel "que, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencia" (Hebr 5, 7).

En el rezo de la liturgia de las horas: Sin querer multiplicar de una manera inquietante las intenciones de nuestro rezo, y sin pretender forzar a todos a seguir el mismo camino: el oficio de lectura, antes *Maitines*, la oración expectante de la noche, puede ofrecerse para resarcir los pecados que se cometen de noche y los de aquellos que caminan olvidados de Dios. *Laudes* por las blasfemias y desacatos a la Di-

vinidad. *La hora media*, que nos recuerda la recta orientación de nuestras acciones hacia Dios, por los egoístas que se buscan a sí mismos. *Visperas*, el canto de acción de gracias en atención por los beneficios del día, por los desagradecidos a tantos favores del Señor... *Completas*, que es oración de confianza y recuerdo de la muerte, por los que desconfían de Jesús y desesperan, o están ya en las proximidades de su muerte y tardan en convertirse a su Dios...

En las demás oraciones de cada día podemos también reparar, en la meditación y en los exámenes y en las visitas al Santísimo, en la administración de sacramentos y en los sacramentales..., realizado todo con aquella reverencia y diligencia que compense el desacato de tantos pecados...

No dejaremos de recordar a este propósito una magnífica ocasión de reparación, que enseñaba el mismo Papa Pío XII en su exhortación "**Menti nostrae**" para los sacerdotes; y pueden realizar también todos cuantos puedan visitar el Santísimo.

"El ministro de las cosas santas vaya al tabernáculo eucarístico, antes de concluir sus cotidianos trabajos, y **permanezca allí un poco por lo menos, para adorar a Jesús en su Sacramento de amor y para expiar la ingratitud de tantos hombres**, y para que se enfervorice más de día en día con el divino amor; y, por último, para que en el tiempo del descanso nocturno, que recuerda el si-

lencio de la muerte, permanezca de alguna manera presente en el Sacratísimo Corazón del mismo Jesús".¹⁰

Pero no sólo hemos de reparar en las oraciones y actos oficiales y litúrgicos, o en los rezos privados, de que acabamos de hablar. Ciertamente que todos estos actos, como actos que son de virtud de la religión, van directamente encaminados al honor divino y por su misma naturaleza resarcan y compensan de las injurias que en toda clase de pecados se infieren contra la Majestad divina. Mucho más si estos actos de religión se hacen con una intención explícita de reparar la injuria inferida. Pero hay también otra manera de expiación que no hemos de echar en olvido: el dolor contra el placer.

Reparar en las penitencias ordinarias, pocas, tal vez, pero no dejadas fácilmente; **en las enfermedades y molestias corporales** de cada día... sufridas con ánimo paciente y fortaleza amorosa...; **en las ocupaciones y estudios del día...** realizados con la constancia tenaz y perfección debida en las cosas ordinarias...

Y en esto, dentro del deber y de la obediencia, la afición al trabajo con los humildes desamparados... en hospitales... cárceles... niños y rudos... No desprecies a los ricos; pero no nos dejemos fascinar por ocupaciones de oropel.

¹⁰ AAS 42 (1950) 673

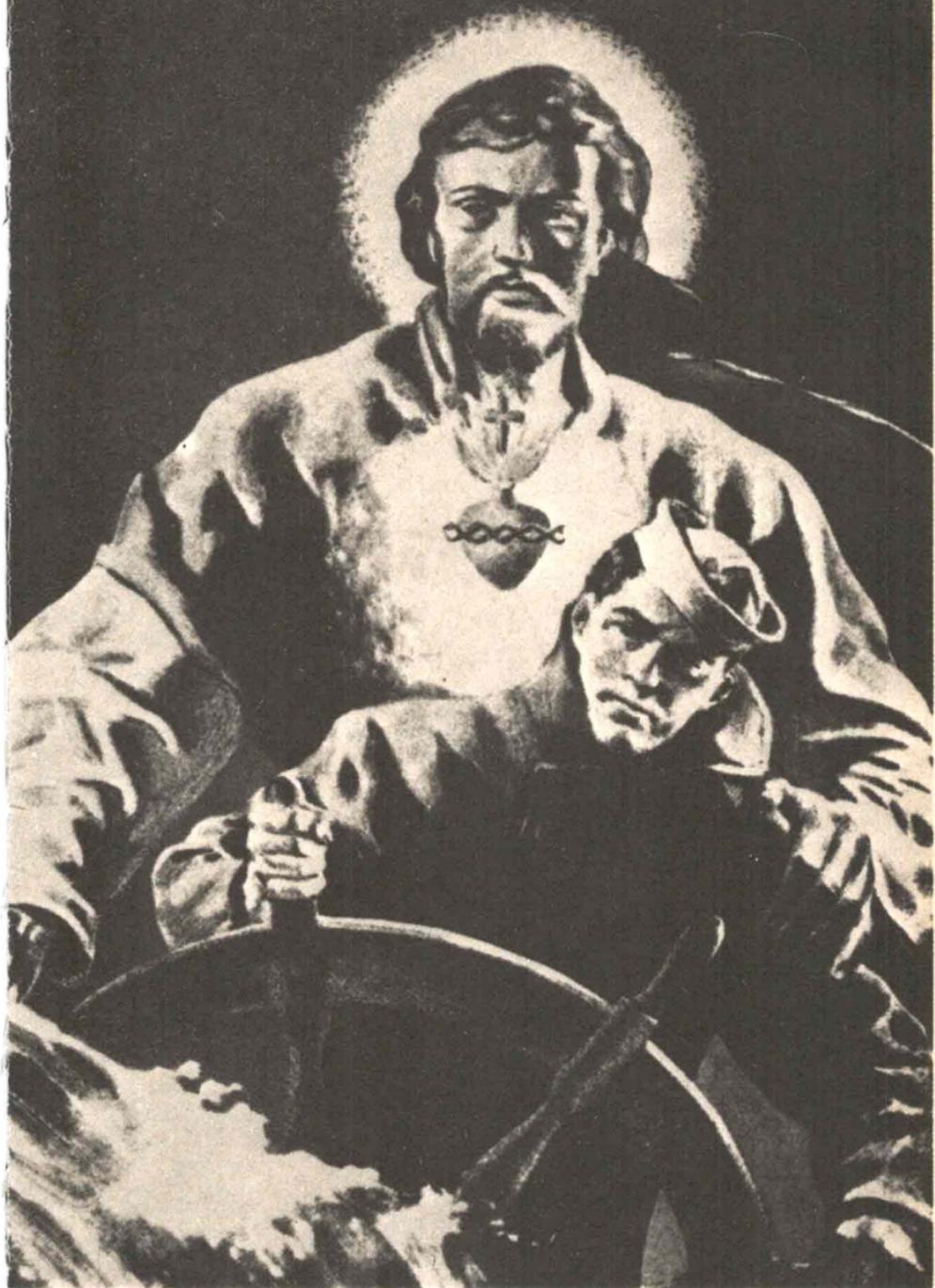
Hay también fácilmente en la vida cotidiana pequeñas ocasiones, si no para el dolor corporal, sí para **el dolor en el alma**: cuando sientes *la descortesía y sinrazón*, que crees se comete contigo...; *o los pequeños olvidos*, que no es maravilla ocurrán...; *o la injuria*, tal vez no muy grande, pero dolorosa...; o el amigo que te abandona... Son los pliegues de la bandera de Jesucristo que te acarician... Pequeñas espinas que duelen al ánimo noble... Es la cruz de Jesús que se te ofrece para llenar con El lo que falta a su Pasión.

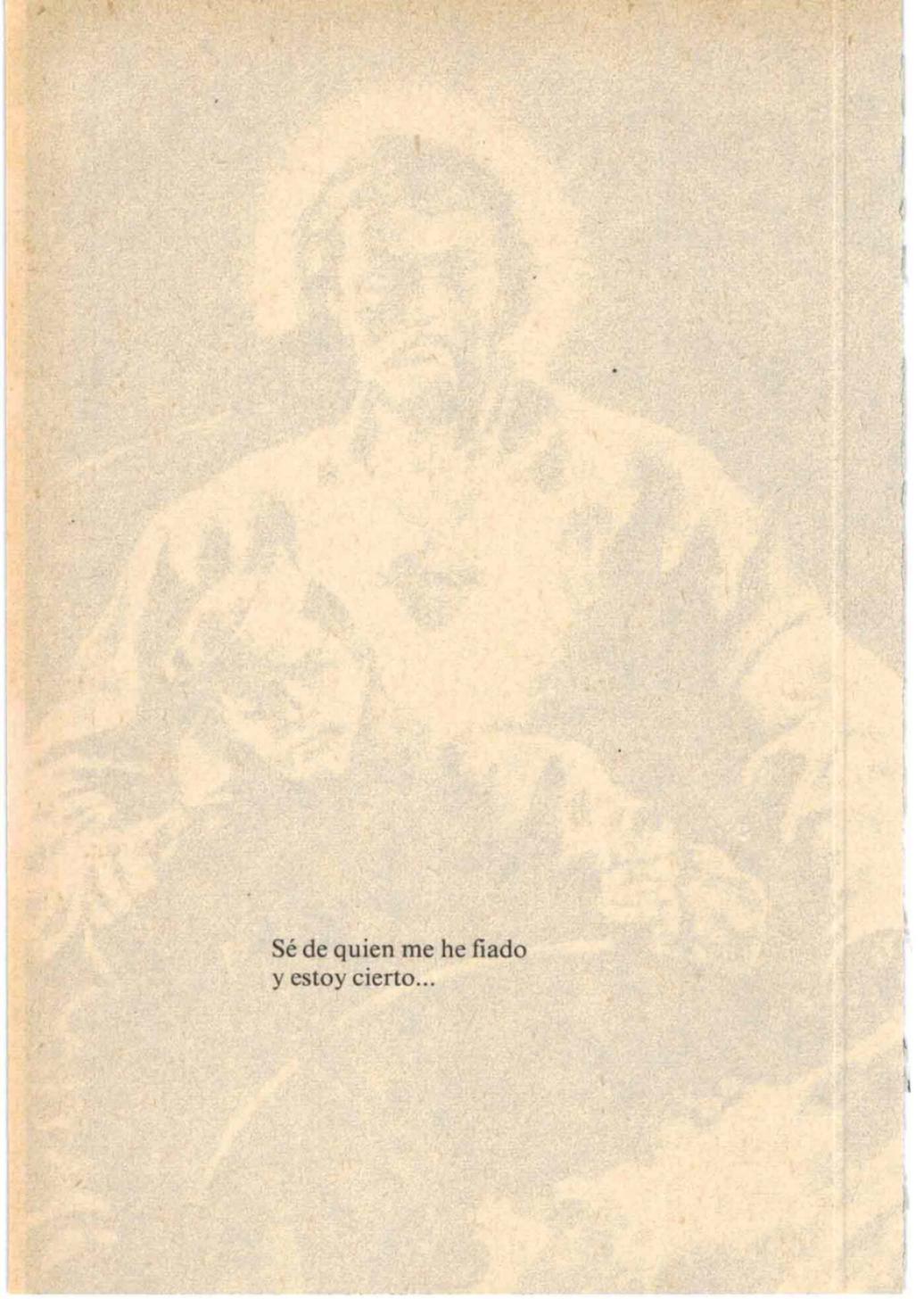
Pequeñas ocasiones de la vida ordinaria. Preparación para cosas mayores que el Señor brinda a sus amigos.

El **amigo verdadero** es el que sufre con el Señor. Por eso reparar por las ofensas inferidas al Amor de Jesús fácilmente es amor desinteresado y finísima caridad. Por esto la devoción al Corazón de Jesús hace fervorosos...

Y esa reparación y sacrificio es piedra de toque de la verdadera santidad. Sin el sacrificio vivimos en la ilusión. Y sin el amor en el sacrificio no arrostraremos la pendiente hasta el Calvario, donde están los amigos verdaderos de Jesús.

Busca Jesús amigos que le consuelen en sus dolores. ¿Quieres tú serlo?... ¿Queremos serlo...?





Sé de quien me he fiado
y estoy cierto...

III. SE APOSTOL...

Es consecuencia de la consagración y de la reparación

Si hay verdadera consagración por amor, hay fuego poderoso de caridad. Y donde hay potente fuego de amor, allí está la llama del cielo, allí está el ardor y el chisporrotear del apostolado.

La caridad de Cristo urge verdaderamente, estimula, aguijonea a procurar la glorificación del Amado.

De ahí que *“sacerdote, religioso, trabajador... según el Corazón de Jesús”*, es también sacerdote, religioso, trabajador... apóstol del Corazón de Jesús.

Si el amor benevolente desea y procura el bien del amado, no hay bien extrínseco mejor, de los que nosotros podemos procurar a Dios y a Jesucristo, como su glorificación en las almas por medio de nuestro celo: el que le conozcan, el que le reverencien, el que le amen, el que le sirvan... en el orden so-

brenatural y con los medios sobrenaturales con que Dios quiere ser conocido, reverenciado, amado, servido...; el que le gocen después y le intuyan y le amen. Esta es la gloria de Dios. Este es el mayor bien que en nuestra mano está procurarle.

“No hay sacrificio tal para el Dios omnipotente, como lo es el celo de las almas” —escribió S. GREGORIO MAGNO.¹ Así lo podemos decir, cuando hablamos de las cosas que de nuestra cosecha podemos ofrecer a Dios.

Si la consagración amorosa es entrega al beneplácito divino, y a aquello que más le agrada, “sin duda que nada agrada a Dios tanto, nada le aplaca tanto, como el celo de las almas”. Esto dice RICARDO DE SAN VICTOR, hablando de Moisés, “el hombre más manso de cuantos habitaban en la tierra”, que, después del ayuno de 40 días y después de saciar su espíritu en las dulzuras espirituales, bajó del monte y de repente se enardeció en su celo contra los fabricantes y adoradores del ídolo...²

Si quieres reparar por las ofensas propias, si quieres compensar por las ofensas inferidas contra Dios y su Cristo por los demás, ¡qué cosa tan indica-

¹ *In Ez. lib. 1, hom. 12, n. 30; ML 76,932*

² *De praeparatione animi ad contemplationem c. 40; ML 196, 30*

da como procurarle su gloria y su honor y su servicio en las almas de los demás!

El celo se podrá practicar de diferentes maneras, en la acción y en la contemplación, en las ciudades y en los pueblos, en las calles y plazas de nuestras urbes; en el retiro monacal de los campos y de las ermitas, y en el ejercicio cotidiano de la propia profesión, en la oficina y en el taller, en la clase y en el estudio... Sí, hay muchas maneras de ejercitar el celo... Pero siempre alguna de ellas deberá haber; debe haber celo, dondequiera que haya perfección cristiana. Porque la perfección consiste en la caridad; y el celo es propiedad, es consecuencia necesaria de la caridad.

El celo de las almas no es moverse, bullir, correr de un sitio para otro, ponerse frenético y... poner frenéticos a los demás. El celo auténtico de las almas es llenarse de Dios, verle y contemplarle a El y las cosas divinas, amarle...; y, por la redundancia y exuberancia de este amor y de esta contemplación, comunicar las cosas divinas a los demás: *Contemplata aliis tradere*, que diría Santo Tomás. Y podemos decir también que es celo cristiano el testimonio de vida cristiana en el trabajo de cada día.

El apostolado en la devoción al Corazón de Jesús

Con palabras de SANTA MARGARITA MARIA a diferentes personas se podría formar una cadena de pensamientos y frases que exhortan al apostolado, y muestran cuán esencial es en la devoción al Corazón de Jesús. Lo presentan como una finalidad y consecuencia de la consagración.

Y hay una frase que es como un motivo musical que se repite, y que nosotros subrayaremos en los textos que vamos a citar:

Es al P. Juan Croiset, próximo a subir las gradas del altar, a quien la Santa escribía (1 de Abril de 1689) de una donación al Sagrado Corazón, para el día en que le iba a ofrecer la primera misa, **“consagrándoos y dándoos todo a este divino Corazón de amor para amarle y glorificarle y procurarle todo el amor y la gloria de que os hará capaz por sí mismo, sea de palabra, sea por escrito, a fin de que por estos medios os haga participar igualmente de sus tesoros infinitos, por los cuales espero que os hará decir eternamente: misericordias Domini in aeternum canta-**

bo".³ (*Cantaré eternamente las misericordias del Señor*).

También a su propio hermano, el cura de Bois-Sainte-Marie, escribía Santa Margarita María (22 de Enero de 1687) que se ha prometido al Corazón de Jesús, caso de que este su hermano sacerdote quiera consentir en ello, "que **se consagrará** del todo a este Corazón adorable **para tributarle y procurarle todo el amor, el honor y la gloria que estará en su mano**", tanto por él mismo, como por aquellos que estarán a su cargo.⁴

Y hablando de una manera general: "(El Señor) da a conocer ser este deseo tan grande (el que se practique la devoción a su Corazón), que promete a todos aquellos que se **consagraren** y entregaren a El (¿para qué esta consagración y entrega?) para darle el placer de **tributarle y procurarle todo el amor, el honor y la gloria que estará en su mano**, siguiendo los medios que les proporcionare, que nos lo dejará perecer...".⁵

A la Madre de Soudeilles, superiora del monas-

³ *Vie et oeuvres de la B. Marguerite-M. Alacoque*, París 1915, tom. II, p.514

⁴ *Vie et oeuvres*, tom. II, p. 343

⁵ Al P. Croiset, 10 de Agosto 1689; *Vie et oeuvres*, tom. II, p. 528

terio de Salesas de Moulins, le había escrito (3 de Noviembre 1684) que, si desea ser de las almas amigas del Sagrado Corazón: “le ofreceréis este sacrificio de vos misma un primer viernes de mes, después de la comunión, que haréis con esta intención, **consagrando toda a El para tributarle y procurarle todo el amor, todo el honor y la gloria que estará en vuestra mano;** y todo esto en la manera que El os inspirará”⁶.

Y en otra ocasión, a la Madre de Saumaise (Mayo 1688): “Estoy en este Divino Corazón como en un abismo sin fondo, donde me descubre los tesoros de amor y de gracia para las personas que se **consagrarán y sacrificarán para tributarle y procurarle todo el honor, el amor y la gloria que estará en su poder**”.⁷

Es, en fin, el mismo pensamiento de acción glorificadora del Corazón de Jesús, por los medios que estuvieren al alcance del alma consagrada, que admiramos en aquella conocida fórmula-pacto, propuesta por el mismo Jesús a su siervo el P. BERNARDO DE HOYOS, cuando éste en cierta ocasión “como embrazado con las muchas cosas y personas que tenía que encomendar a Dios, quejábese algo afligido al

⁶ *Vie et oeuvres*, tom. II, p. 280

⁷ *Vie et oeuvres*, tom. II, p. 396

Señor de que no le quedaba tiempo para sí". Entonces el amorosísimo Jesús le propuso la fórmula, que tantas veces hemos oído: "**Cuida tú de mi honra y de mis cosas**, que mi Corazón cuidará de ti y de las tuyas" ⁸. Y a SANTA TERESA le dijo Jesús "*que era ya tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y El tendría cuidado de las suyas*" (Séptimas Moradas, II).

Cómo ser apóstol

Apostolado de la oración. Influir en las almas para fines sobrenaturales no se hace por el vigor de la naturaleza ni por la habilidad o industria humana. Se hace por la gracia divina.

Y la gracia es don gratuito. Se nos da por la oración, por la súplica.

Es inútil el empeño humano, si falta el favor divino: "*Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los constructores*". (Sal 126, 1)

Oración y súplica en la misa, en la liturgia de las horas, en la meditación y exámenes de cada día, en las visitas al Santísimo, en el rezo del santo Rosario,

⁸ J. E. URIARTE. *Vida del P.B.F. de Hoyos*, parte 3, cap. 2; Bilbao 1888, p. 276

en las jaculatorias y aspiraciones entre día... He aquí el camino, más obvio, para nuestro apostolado del Corazón de Jesús.

La oración tiene promesa divina: *pedid y recibiréis*... Es fuente de energías indeficiente.

Pero la oración de los que se juntan en el nombre de Jesús para orar goza de particular promesa divina. Y la oración con Jesucristo y en unión con las intenciones de su Corazón; la oración con el que es Cabeza de su Cuerpo místico; esta oración así de muchos en el nombre de Jesús... ¡qué fuerza! ¡qué palanca para mover los cielos y la tierra..., para luchar con eficacia contra los enemigos de Dios y de su Iglesia!

Y esto es lo que llamamos también "*el Apostolado de la Oración*". Un ejército en la Iglesia, de más de 42 millones de socios inscritos, distribuidos en numerosos centros expresamente apuntados en la Dirección general de Roma, diseminados en 77 naciones y en 1.300 diócesis y en parroquias incontables; con las adhesiones de más de 1.216 Institutos y congregaciones religiosas, que expresamente le han concedido participación de sus méritos y buenas obras.

Un ejército de la oración, que lucha con sus armas principales, que son bellas prácticas, de extrema sencillez, pero de gran profundidad ascética.

Un ejército que sigue las indicaciones del Jerarca supremo de la Iglesia, y ora todos los meses precisamente por las intenciones generales y misionales expresamente aprobadas y señaladas por el Sumo Pontífice. Un ejército que agrega a la eficacia de su oración la intercesión poderosísima de Nuestra Señora y ofrece cada día las oraciones, obras y padecimientos por medio del Corazón Inmaculado de María. Un ejército que, se nutre con la comida eucarística en reparación de los pecados, y junta su oración y su ofrecimiento con la oración y oblación del Sumo sacerdote en la misa... Un ejército así unido con el Rey eterno, Cristo Jesús, ¿cómo no ha de triunfar?

Nació precisamente en una Casa de candidatos al sacerdocio, estudiantes de la Compañía de Jesús, en Vals près le Puy, en Francia; y podría decirse que su nacimiento fue precisamente el día del gran apóstol de las Indias, San Francisco Javier, 3 de Diciembre 1844. El P. Francisco Javier Gautrelet habla aquel día a aquella juventud, ansiosa de las grandes empresas, émula de las grandes conquistas, enardecida por los relatos e impaciencias misionales de que tienen noticia...: Los estudiantes no pueden derrochar sus energías en el trabajo directamente apostólico... Pero pueden orar... mientras están en los estudios, con todas las formas de la oración... Y así dan cauce ahora a su dinamismo juvenil. contenido en tiempo de estudios...

Esta Asociación concuerda ciertamente con un pensamiento de Santa Margarita María en carta al P. Croiset (10 de Agosto de 1689): “Si se pudiera formar una asociación de esta devoción (al Corazón de Jesús) en la cual los asociados participaran del bien espiritual los unos de los otros, pienso que esto sería muy grato a este Divino Corazón...”.⁹

El espíritu y el fuego de la devoción al Corazón de Jesús, que infunde el Apostolado de la Oración, no estorba a ninguna organización u obra apostólica. Por el contrario, son velas que le procura para navegar con marcha rauda y segura.

Por esto es deseo de los Papas que los fieles pertenezcan a esta Pía unión. Oigamos las significativas palabras de PIO XII:

“...como quiera que la unión y la concatenación de los fieles cristianos entre sí y con Cristo se realiza muy bien mediante el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús—de suerte que con toda razón se puede decir que el Apostolado de la Oración es forma perfecta de la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús; y, recíprocamente, la devoción al Divino Corazón de Jesús no puede en modo alguno separarse del Apostolado de la Oración—y ya que es propio de esta devoción excitar el amor de Dios y de los hombres hasta la plena consagración de sí mismos, por esto vuestra Pía unión (el Apostolado de la Oración) se ha apropiado como distintivo aquella frase de la oración dominical: *Adveniat regnum tuum...*”

⁹ *Vie et oeuvres*, tom. II, p. 535

El Santo Padre continúa enumerando diferentes valores ascéticos que encuentra en el Apostolado de la Oración. Y añade:

“Teniendo todo esto presente ante nuestra vista, también Nos, así como Nuestro predecesor de feliz recordación Pío XI, hemos manifestado, y de nuevo lo declaramos gustosos, que será gratisimo a Nuestro ánimo, si los fieles cristianos todos a una, dan su nombre a esta sagrada milicia, de suerte que sobrepasen lo más posible el número de sus miembros, que fácilmente suman los 35 millones.— Y esto a nadie puede infundir la sospecha de irrupción en mies ajena; porque aquellos que por cierta divina inspiración fundaron el “Apostolado de la Oración” ya lo declararon abiertamente: que no iban a crear nada nuevo donde ya florecieran asociaciones piadosas, sino que únicamente procurarían comunicar con las demás asociaciones, sin perturbar sus estatutos y orden peculiares, el fuego del amor divino y el fervor apostólico...”¹⁰

De esta manera, ¿quién no podrá ser apóstol de la oración?

Apostolado del sacrificio. Con la oración el sacrificio.

No está excluido del “Apostolado de la Oración”. Muy al contrario. Porque ya en el ofrecimiento de obras del Apostolado ofrecemos las oraciones, obras y los **padecimientos** del día. Es decir: las molestias, fati-

¹⁰ *Epistula ad Revmum. P. Io. B. Janssens; AAS 40 (1948) 501*

gas, penas, sinsabores, dolores, enfermedades, humillaciones, amarguras... todo lo que puede venir bajo el nombre de sacrificio.

Pero, aunque incluido en el Apostolado de la Oración, de que acabamos de hablar, convenirá sin embargo que mencionemos explícitamente este apostolado del dolor y del sacrificio.

¡Qué mina tan rica para los enfermos! Y con razón se habla del apostolado del dolor, que ellos pueden practicar. Y aun se ha instituido el llamado día del "*apostolado del sufrimiento*", que coincide con Pentecostés.

¡Qué tesoros para la Santa Iglesia, para el Cuerpo místico de Jesús, si se ofrecen tantos dolores (en que es tan pródiga la vida) con el espíritu de la devoción al Corazón de Jesús! ¡Qué horizontes de conquista para el Reino de Jesucristo, si se aprovecharan esos caudales y esas armas del sufrimiento!

Porque Jesucristo verificó su conquista redentora, no tanto predicando cuanto muriendo y sacrificándose.

Es lo que cantamos y ensalzamos precisamente en el día de Jesucristo Rey, en el prefacio de la misa. Por-

que allí damos gracias a Dios, que a su Unigénito Hijo, nuestro Señor Jesucristo, le ungió con óleo de exultación Sacerdote eterno y Rey universal... ¿Para qué?.

—“...para que ofreciéndose a sí mismo como víctima perfecta y pacificadora en el altar de la cruz, consumara el misterio de la redención humana; y, sometiendo a su poder la creación entera, entregara a tu majestad infinita un reino eterno y universal...”

Es decir, que para realizar la conquista de ese Reino universal, de ese Reino de verdad y de gracia, Reino de justicia, de amor y de paz; para someter a su imperio a todas las criaturas; para realizar los misterios de la redención humana: se **ofreció en el ara de la Cruz, como víctima inmaculada y pacífica...**

Este es el camino de las gloriosas conquistas del Reino de Jesús. Llenar así lo que falta a la Pasión de Jesucristo.

Esta Pasión fue en sí suficiente, suficientísima, de valor infinito, como acción del mismo Dios. Pero en la aplicación de estos méritos a sus criaturas quiere Jesús la cooperación nuestra, deleznable en sí e ínfima; pero, subordinada a la acción de Je-

sús y en unión con El, apta para llenar lo que en el plan divino falta a la Pasión de Jesucristo...

Horizontes de apostolado, que hemos de abrir a los que sufren, *a tantos* que sufren. Horizontes que nosotros mismos hemos de otear y buscar, para no perdernos en las callejas estrechas de nuestros propios egoísmos o en los laberintos de nuestras propias enfermedades.

Y con el sacrificio pasivo, o de aceptación de lo que Dios nos envía, **el sacrificio activo**, las penitencias y austeridades que nos imponamos, la dura palabra de la abnegación y mortificación, dura en sí, pero suavizada por el amor al Corazón de Jesús.

Si el dolor y el sacrificio pueden tener dulzura, la tienen ciertamente por la devoción al Corazón de Jesucristo.

Apostolado del ejemplo. Las palabras podrán mover. Los ejemplos arrastran.

Y la acción apostólica de la palabra, del escrito, de la propaganda, de la organización... tiene que ir reforzada y preparada con el apostolado del ejemplo; el apostolado del *testimonio*.

Como Jesús: *Comenzó a hacer y a enseñar* (Ac 1,1) Primero hacer; después enseñar.

Si la vida no corresponde, se desacredita la palabra.

Ejemplo en la vida edificante y virtuosa. Ejem-

plo en el trabajo ordinario. Ejemplo en la profesión.

El trabajo de cada día que pide nuestra profesión (aun el trabajo profesional de cualquier seglar) también entra en el Apostolado de la Oración. Ofrecemos las oraciones y las obras de cada día.

Obras, tal vez de insignificante valor en sí mismas, o de poco lustre antes los ojos de los hombres. Pero de sublime eficacia santificadora y apostólica, si van impregnadas e informadas con el espíritu de caridad, con el espíritu de la devoción al Corazón de Jesús.

Apostolado de la palabra y de la organización.

Entra también en el plan de Dios, que quiere servirse de la cooperación humana para realizar las obras de su gracia.

La palabra hablada. Sin respetos humanos. Con la verdad y sinceridad que mueven. Con la prudencia y discreción requerida.

En las juntas y asambleas, en las visitas a domicilio, en las conversaciones espirituales, en el consejo dado el amigo.

Para los sacerdotes principalmente, la predicación "*no con palabras persuasorias de sabiduría humana, sino en la manifestación del espíritu y de la fuerza*" (1 Cor 2,4).

Con la preparación diligente humana; pero más, mucho más, como si fuera el todo, con la súplica y la confianza en la acción divina. Con los sentimientos que inspira la siguiente oración de San Anselmo "para predicar santa y fructuosamente":

“Dame, Señor, una elocuencia mansísima y sabia, que no sepa hincharse y levantarse sobre los hermanos por los dones recibidos de Tí. Te ruego pongas en mi boca palabra de consuelo, de edificación y exhortación por tu Santo Espíritu, para que a los buenos los pueda exhortar a cosas mejores y a aquellos que caminan contrariamente, devolverlos a la línea de tu rectitud con la palabra y el ejemplo. Que las palabras que dieres a tu siervo sean como flechas agudísimas y saetas ardientes que penetren e incendien las almas de los oyentes al temor y al amor tuyos. Amén”¹¹.

¡Qué energías con la predicación de esta manera, para predicar el amor de Jesucristo, y contribuir a difundir la devoción a su divino Corazón!

La palabra escrita y propagada entre los amigos, entre los fieles todos, de todas las categorías y clases...

¡Qué resonancia tan insospechada puede adquirir así la voz de Jesucristo y su lenguaje de amor a los hombres!

Ser propagandistas celosos del amor de Jesús, de la devoción a su Corazón..., en el ambiente escolar..., en el ambiente familiar..., en el círculo de amigos..., en el horizonte de las influencias profesionales..., en la cátedra tal vez..., con la pluma..., en la radio...

¡Qué bien tan singular y enorme el que producen

¹¹ “*Enchiridion indulgentiarum*”. 1950, n. 738

o producirían las emisiones de radio que dan o darían a conocer las vísperas de los primeros viernes y en las ocasiones de festividades... el Amor que no es amado!

Y tantas y tantas industrias que enseña el amor celoso de Jesús, el deseo de procurarle todo el honor, alabanza y gloria de que sea uno capaz.

Oigamos algunos ejercicios o prácticas de la devoción al Corazón de Jesús, que recomiendan los Estatutos del Apostolado de la Oración:

“Porque la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús es esencial al Apostolado de la Oración, los asociados promueven de cuantas maneras les es posible aquellas formas principales de este culto, que muchísimas veces han sido recomendadas por la autoridad eclesiástica. Y éstas son: la consagración al Sagrado Corazón de Jesús, en primer lugar la consagración personal, después la de las familias y la de todas las comunidades; la celebración de la fiesta de Cristo Rey; y además varias prácticas de “reparación”, a saber, la hora santa, la comunión reparadora, sobre todo los primeros viernes de mes; y principalmente la celebración de la Fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús”.¹²

Este programa, tan conforme con los deseos de la Santa Sede, puede ser pauta para todos aquellos

¹² *Statuta Apostolatus Orationis a S. Sede die 28 Octobris 1951 approbata*, n. 4

que anhelan establecer de hecho el reinado del Corazón de Jesús en este mundo.

Apostolado del amor. Hay un apostolado que va incluido o ligado con todos los anteriores. Una forma de acción apostólica fácil y decisiva. Es el apostolado del amor. El que da vida en la oscuridad de la celda o en la concentración obligada del seminario.

Cuando sientas ansias infinitas de hacer algo por Jesucristo... y sientas el ardor en tus venas y un dinamismo inconmensurable e incoercible en tu ser, que te empuja a la acción; y quisieras predicar, escribir, enseñar, organizar..., **hacer algo grande por Cristo** y por su Iglesia...; y te parece que estás coartado en tu casa de estudios o en el rincón de tu parroquia...

... y llevas una vida oculta...; y quisieras una vida gloriosa...

entonces, no te desanimes, ni caigas en distensión y depresión, después de una tensión que juzgas insostenible e ineficaz...

Sí, te diré que es grande la gloria de los misioneros, y que son hermosas las pisadas de los que evangelizan la paz, evangelizan el bien...;

y que es grande la gloria de los que enseñan la religión, que son como estrellas en perpetuas eternidades...

Pero todavía te mostraré un camino mejor y más glorioso. (1 Cor 13,1).

San Pablo escribe estas palabras después de enumerar las diferentes funciones del Cuerpo místico. No todos podemos desempeñar todas las funciones de los diversos miembros de este cuerpo. Porque unos son “*apóstoles*”, que llevan el evangelio a lejanas tierras y a Iglesias por fundar; otros son “*doctores*” que enseñan; otros “*profetas*” que hablan de las cosas divinas con instinto divino; otros “*gobiernan*” y administran; otros “*sanan los enfermos*”... Cada uno tiene su función y todo es necesario...

Pero hay algo más noble en todo este Cuerpo, y es principio de vida: **ser corazón, ser el amor** que impulsa y lo mueve todo (a los mártires, a los apóstoles...)

SANTA TERESA DEL NIÑO JESUS refiere en su autobiografía que, pensando qué función le estaría reservada en el Cuerpo místico de Jesús (ella no era sacerdote... ni misionero...; era humilde carmelita de clausura) no se encontraba en ninguna de las funciones que enumera el Apóstol en el capítulo 12 de su 1ª. Carta a los Corintios.

Pero al fin dio con una solución: “*Yo seré y soy el amor que lo mueve todo*”.

“Por fin he encontrado mi vocación: mi vocación es el amor. Sí, he encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia, y este lugar ¡oh Dios mío! Vos me lo habéis señalado: en el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor... Así lo seré todo... Así mis sueños serán realidad...”.¹³

Esta es la clave para dar también fecundidad a nuestros trabajos ordinarios: *amemos a Jesús* en ellos.

Para dar fecundidad también al trabajo ajeno, *amemos a Jesús*, aun en lo más vulgar e insignificante que hagamos.

Escribía Santa Teresa del Niño Jesús: “Lo que yo pido es el amor. No sé más que una cosa: amaros, Jesús mío. Me están prohibidas las obras brillantes no puede predicar el evangelio, derramar mi sangre... ¿Qué importa? Mis hermanos trabajan en mi lugar; y yo, muy niña, me sitúo próxima al trono real: *amo por lo que combaten...*”.¹⁴

SAN AGUSTIN compendía bellamente la vida cristiana, también en el amor. No puede ser sino bueno lo que nace de esta raíz:

13 *Historia de un alma* 11, 16

14 *Historia de un alma* 11, 19.

*“Un corto precepto se te impone: Ama y haz lo que quieras; si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige con amor; si perdonas, perdona por amor. Que esté dentro la raíz de la caridad; no puede ser sino bueno lo que nace de esta raíz”.*¹⁵

Y ésta es, ésta debe ser, la vida ordinaria de los consagrados al Corazón de Jesús. A ello se nos invita.

Y con ella **fecundidad apostólica**: conseguida con **el amor de Dios** (ganar el corazón de Dios, que es quien debe comunicar su gracia) y **con la unión con Dios** (para que el instrumento de que se sirve pueda ser bien manejado y dar golpe certero y eficaz).

El ejemplo de los apóstoles del Sagrado Corazón

El Beato CLAUDIO DE LA COLOMBIERE, conocida su vocación especial y su llamamiento para propagar la devoción al Corazón de Jesús, escribió en uno de sus retiros:

“Al acabar este retiro, lleno de confianza en la misericordia de mi Dios, me he impuesto como una ley el procurar, por todos los medios posibles, la ejecución de lo que me fue prescrito de parte de mi adorable Maestro, respecto del Santísimo Sacramento del Altar, donde creo que está real y verdaderamente presente...

He reconocido que Dios quiere servirse de mí procurando el cumplimiento de sus deseos respecto a la devoción que ha sugerido a una persona (Santa Margarita María), a quien El se comu-

¹⁵ *In Epist. Io. tract. 7,8; ML 35, 2033*

*nica muy confidencialmente, y para la cual ha querido servirse de mi flaqueza. Ya la he inspirado a muchas personas de Inglaterra y he escrito a Francia a uno de mis amigos, rogándole que dé a conocer su valor en el sitio en que se encuentra. Esta devoción será allí muy útil, y el gran número de almas escogidas que hay en esa Comunidad me hace creer que el practicarla en esa santa Casa será muy agradable a Dios. ¡Que no pueda yo, Dios mío, estar en todas partes y publicar lo que Vos esperáis de vuestros servidores y amigos!”*¹⁶

Así inflama el celo a los verdaderos apóstoles del Corazón de Jesús. Y, de hecho, sabemos que el B. Claudio en sus conversaciones espirituales, y con palabras enteramente encendidas, difundió cuanto pudo esta devoción entre sus primeros apóstoles en Francia y en Inglaterra.

Al P. BERNARDO DE HOYOS “diole a entender (Jesús) que debía considerar en adelante como uno de los mayores favores de su vida el haberle escogido El mismo entre millares para propagar la devoción y el culto de su Corazón”.

Y con palabras de exultación desahogaba su entusiasmo escribiendo a su Director, el P. Loyola:

“¡Oh Padre mío, qué felices somos! ¡Qué dicha tan grande, que el Señor nos haya abierto los tesoros de su Corazón! ¡Oh, qué fortuna, que nos haya querido, aunque tan inútiles, por instrumento para extender su culto! ¡Oh amado Padre, ofrezcámosle

¹⁶ *Segundo retiro espiritual*. Londres 1677. Versión ² de J.M. Sáenz de Tejada, S.J., Bilbao 1944, p. 147-149

nuestros corazones, nuestra vida y nuestra sangre, todo consagrado a su Corazón y a la propagación de su culto! ¡Oh, si yo pudiera tener una voz que se oyese en todo el mundo, para clamar y descubrir a los hombres este tesoro escondido! ¡Oh, quiera el mismo Corazón dar eficacia a nuestras ideas, y perfeccionar lo que por nuestro medio se ha dignado empezar en España acerca de su culto" 17.

17 . J.E. URIARTE, *Vida del P.B.F. de Hoyos*, parte 3, cap. 2; Bilbao 1888, p.276

IV. CONFIA...

El otro polo de la consagración

En este eje, centro de nuestra vida que proponemos, en la devoción al Corazón de Jesús, un punto de partida, un extremo, ha sido la entrega al Corazón de Jesús por amor, la consagración que ha de ser reparadora y apostólica. Todo esto llama al otro extremo, al otro polo sobre el que debe girar también el eje. Este polo es **la confianza**.

Dicho de otra manera: Quien practique la devoción al Corazón de Jesús con la consagración y la reparación, las dos formas fundamentales señaladas por Pío XI; quien así se haya entregado al Amor de Jesús con su tributo de amor reparador y glorificador "para procurarle todo el honor, el amor y la gloria que estará en su poder": éste podrá y deberá confiar en el Corazón de Jesús de un modo particular, tanto en lo que toca a la obra de su propia santificación, como en lo que atañe a la eficacia de su apostolado.

Y por esto la consagración expuesta hasta aquí, la imagen del cristiano según el Corazón de Jesús que hasta ahora hemos dibujado esquemáticamente, tiene como polo correlativo la confianza. Consagración reparadora – apostólica, y confianza en el Corazón de Jesús, son – repetimos – los dos polos sobre los cuales debe girar la vida del devoto del Corazón de Jesús.

La confianza gana el corazón, y ser objeto de confianza responde al deseo del corazón noble y generoso. Por esto “sacerdote, religioso, maestro, etc. según el Corazón de Jesús”, es, según el deseo del Corazón de Jesús, sacerdote confiado ilimitadamente en El; o religioso, maestro, etc. Siempre confiado en El.

Y cuando más viva y verdadera sea su consagración, más razones para confiar. Y cuanto mayor confianza en El, tanto con mayor libertad de espíritu y eficacia vivirá la consagración.

El nos santificara

Porque, en efecto, si le glorificamos con nuestro tributo de amor y entrega, con nuestros obsequios y vida de reparación, con obras de su apostolado y difusión de su culto..., como lo hemos expuesto en

los capítulos precedentes: entonces **El cuidará de nuestra santificación.**

Es pensamiento repetido en SANTA MARGARITA: que en la medida en que nos esforzaremos para glorificar a este divino Corazón, El cuidará de nuestra santificación.

Lo pide su generosidad, que no se deja superar por la de ningún mortal.

Escribía Santa Margarita al P. Croiset: “(El Corazón de Jesús) promete a todos aquellos que se consagraren y entregaren a El para darle el placer de tributarle y procurarle todo el amor, el honor y la gloria que estará en su mano, siguiendo los medios que les proporcionare, que nos los dejará perecer, y que será para ellos un asilo seguro contra todas las emboscadas de sus enemigos; pero sobre todo que en la hora de la muerte este divino Corazón los recibirá amorosamente, poniendo su salvación en seguridad, tomando cuidado de santificarlos y hacerlos grandes delante de su Padre celestial, cuando fuere el trabajo que se tomaren para agrandar el reinado de su amor en los corazones”.¹

¹ 10 de Agosto 1689; *Vie et oeuvres*, tom. II, p. 528

La misma idea expresó Jesús con claridad a su siervo el P. BERNARDO DE HOYOS: “Cuida tú de mi honra y de mis cosas, que mi corazón cuidará de las tuyas.”²

Lo demuestran las razones internas de este culto

La vida de consagración es la vida de entrega a la voluntad de Jesucristo. ¿Hay algo tan acertado para nuestra santificación y para nuestra bienandanza espiritual como entregarnos al cumplimiento de la voluntad de Dios? ¿Hay cauce más seguro donde encontrar las corrientes de la gracia divina?

La entrega por amor de todas nuestras cosas y obras, la consagración por amor a esta voluntad santa, es convertir en amor y caridad, virtual al menos, cada una de nuestras obras dependientes de esa entrega y consagración. ¿Hay algo más meritorio y que más ennoblezca nuestras almas?

La reparación con Jesucristo y por Jesucristo, por volver por sus intereses menospreciados, el vol-

² J. E. DE URIARTE; *Vida del P. B. F. de Hoyos*, parte 3, cap. 2; Bilbao 1888, p. 239

ver por su honor ofendido, procurándole todo honor, amor, gloria que esté en nuestra mano, podrá ser teóricamente un acto de justicia; pero, en la práctica y en la mayoría de las veces, vendrá imperado por la caridad. Porque lo motiva el deseo de corresponder con amor a Jesús **amante y no correspondido**. En la reparación tendremos, por consiguiente, nuevos actos de la primera de las virtudes.

Si esta reparación es dolorosa y sacrificada, si es llenar con Jesús lo que falta a sus pasiones por su Cuerpo que es la Iglesia: ¿hay algo que más una con el amigo, como el padecer algo por él y el padecer junto con él? ¿Y hay algo más fecundo en este mundo, que la Pasión de Jesucristo y las pasiones y dolores de los que se unen al Redentor?

Según lo anterior, ¿hay algo mejor que la devoción al Corazón de Jesús para la santificación propia y ajena?

Si la santificación se logra con el conocimiento y con el amor y con la imitación de Jesucristo, esta devoción que nace del amor a Jesucristo y lo fomenta, promueve sin duda el conocimiento del interior de Jesús. El amante —dice SANTO TOMAS— no se contenta con un conocimiento superficial del amado. Y con el conocimiento íntimo de Jesús se aviva su amor. Y el amor estimula a su imitación.

Es lo que breve y concisamente decía PIO XI:
“¿No es verdad que en esta forma de devoción se contiene la suma de toda la religión y también la norma de vida más perfecta: ya que guía la mente con más expedición para que conozca plenamente a Cristo, y con más eficacia doblaga el ánimo para amarle con más vehemencia y para imitarle con más exactitud?”³

Las principales fórmulas de perfección cristiana: la caridad, que es el constitutivo esencial; la entrega a la voluntad de Dios por amor, que es en lo que se manifiesta la caridad efectiva; la imitación de Jesucristo, que es el ejemplar perfecto de los predestinados; y, más en concreto, la imitación de Cristo crucificado, que explícitamente comunica solidez de sacrificio a esta imitación...: todas estas fórmulas refluén en la devoción al Corazón de Jesús, según lo acabamos de ver.

¿Qué ofrece al cristiano esta devoción?

Una síntesis de espiritualidad, que encierra lo mejor y lo más profundo de los elementos ascéticos

³ *Miserentissimus Redemptor*; AAS 20 (1928) 167

del Cristianismo: el amor-entrega, y el amor-reparador, junto con el amor-difusión y apostolado.

PIO XI —como hace un momento transcribíamos— llamaba a esta devoción “suma de toda religión y también norma de vida más perfecta”⁴.

PIO XII, ya en la Carta apostólica con motivo del Centenario del Apostolado de la Oración (16 Junio 1944), hacía suyo el pensamiento anterior, cuando decía que el Apostolado promueve el culto al Sagrado Corazón, “en el cual se contiene la suma de toda la religión y también de vida más perfecta”⁵.

Esta devoción **centra al cristiano en el amor a Jesucristo**. Verdaderamente que es para el cristiano la escuela del amor: para ordenar el amor, la afección que preside y dirige toda la actividad del hombre, y establecer rectamente aquel **ordo amoris** agustiniano.

“Mi peso es mi amor —dijo SAN AGUSTIN—; él me lleva a donde quiera que me llevan”⁶.

Y, si es verdad que el placer y el gozo del corazón es lo que más nos arrastra, *trahit sua quemque*

4 *Miserentissimus Redemptor*: AAS 20 (1928) 167

5 AAS 36 (1944) 240. Y véase lo que añadimos más adelante en el cap. VI.

6 *Confesiones* 13, 9, 10; ML 32, 849

voluptas, cierto que “no hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más profundo, nada más ancho, nada más gozoso, nada más lleno, nada mejor en el cielo y en la tierra”⁷. Y otra vez San Agustín: “El amor dulce palabra; pero más dulce como un hecho”⁸.

La vida del hombre es una búsqueda de amores afanosa. La del pecador; y también la del santo, sirviéndose de unas criaturas para subir a Dios y sacrificando el uso de las que le impiden. Como lo cantó SAN JUAN DE LA CRUZ:

*“Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas:
Ni cogeré las flores
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras”.*

Pues para el **ordo amoris** sirve la devoción al Corazón de Jesucristo. Y para enraizar poderosamente en la caridad según las riquezas de Dios. Para que así se cumpla en el unguido de Cristo el sublime y denso pensamiento de SAN PABLO, síntesis y clave de perfección: “...para que os dé (el Padre celestial), se-

⁷ *Imitación de Cristo* 3, 5

⁸ *In Epist. Io. tract.* 8, 1; ML 35, 2035

gún las riquezas de su gloria, ser robustecidos con vigor en el hombre interior por su Espíritu, y que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, arraigados y cimentados en la caridad –*in caritate radicati et fundati*– para que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis colmados de toda plenitud, que tienda a la plenitud de Dios –*ut impleamini in omnem plenitudinem Dei*” (Eph 3, 16-19)

Llenarse de Dios con plenitud, mediante el conocimiento del amor de Jesucristo, fundados y enraizados en la caridad: esto ofrece la devoción al Corazón de Jesús. Esto comunica y da.

Comunica el auténtico apostolado. Si el apostolado auténtico es llenarse de Dios para comunicarlo a los demás; si es contemplar las cosas divinas para comunicarlas a los demás; la devoción al Corazón de Jesús llena de Dios al cristiano y le enseña las dimensiones infinitas del amor de Jesús, para que las comunique a los demás.

El apostolado –lo volveremos a decir– no es moverse y bullir, corretear, charlar, ponerse frenético y poner frenéticos a los demás... El apostolado es tener a Dios y estar poseído de Dios y de su amor; conocerle íntimamente, contemplarle... y comunicarlo a los demás, hablarles con eficacia de su amor...

Pues para esto, ¿qué hay como la devoción al Corazón de Jesús?

¿No nos lo enseñan así los que en tiempos recientes, y en nuestros días, se han distinguido a la vez por su santidad extraordinaria y eficaz apostolado y por su devoción al Corazón de Jesús? Un San Pío X, un Francisco de P. Tarín, un José M. Rubio, un Adolfo Petit, un Guillermo Doyle...

El sacerdote tiene que llenar la imagen sublime, llena de antítesis y paradojas, que el gran Pablo nos dejó trazada en su 2^a. a los Corintios, para estímulo de los ministros del Señor: que a nadie demos ocasión de ofensa, para que no se vitupere nuestro ministerio; sino que en todo nos mostremos como ministros de Dios con mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en apreturas, en golpes, en prisiones, en motines, en fatigas, en noches sin dormir, en días sin comer, en pureza, en ciencia, en longanidad, en amabilidad, en Espíritu Santo, en caridad sin fingimiento; con palabra de verdad, con fuerza de Dios; manejando las armas de la justicia, las de la diestra y las de la siniestra; por gloria y por afrenta, por crédito y por descrédito; como seductores, aunque veraces; como desconocidos, aunque bien conocidos; como quienes se están muriendo, y he aquí que vivimos; como castigados, bien que no hasta la muerte; como contristados, pero siempre gozosos; como pobres, pero que enriquecen a muchos; como

quienes nada tienen, aunque todo lo poseen (2 Cor 6, 4-10).

¡Difícil ministerio! Difícil alcanzar en grado competente una sola de esas virtudes y afecciones que señala San Pablo. Más difícil todavía juntar las que parecen opuestas. Difícilísimo reunir las todas... ¿Quién me dará alas para volar a esas sublimidades y alturas...?

Nuestro auxilio en el nombre del Señor...
Aquí, esta devoción de santos me las dará...

.....

Nosotros, para reñir las batallas de Dios y luchar contra los príncipes de las tinieblas, hemos de pelear junto al Fuerte.

Nosotros, para la santidad y eficacia de nuestras funciones y apostolado, cualquiera que sea, hemos de apoyarnos en el Sacerdote eterno y principal, Cristo Jesús, “que en los días de su vida terrena, ofreciendo preces y súplicas... con clamor poderoso y lágrimas, fue escuchado por su piedad” (Heb 5,7). Hemos de estribar en Aquel “que siempre vive para interceder por nosotros” (Heb 7,25).

Nuestra fuerza apostólica y ministerial está en la unión con el Corazón de Jesús. Si todas nuestras palabras, todos nuestros sufrimientos, todas las contra-

dicciones, todas las enfermedades, todas las desatenciones, todas las amargas y sinsabores..., todo, todo lo arrojamos en el Corazón de Jesús; si allí lo purificamos, si allí lo enardecemos, allí lo caldeamos, allí le damos sabor, allí lo iluminamos; si allí recibe calor, sentido, sentimiento, eficacia...; si podemos decir *“Señor, en unión con aquella divina intención con que tu hacías las cosas sobre la tierra”* yo lo hago: entonces es el mismo Jesús quien pide por nosotros, quien actúa con nosotros, quien lucha con nosotros, quien da eficacia a cada una de nuestras pobres acciones...

Mover los corazones más duros

Vale la pena esta promesa para un sacerdote: la unción y la fuerza del Corazón de Jesús, para mover aun los corazones más empedernidos. Es promesa del Señor:

“Mi divino Maestro —escribía SANTA MARGARITA MARIA— me ha dado a entender que aquellos que trabajan en la salvación de las almas trabajarán con éxito y sabrán el arte de tocar los corazones más endurecidos, si tienen ellos una tierna devoción a su Sagrado Corazón y si trabajan en inspirarla y establecerla por doquier”⁹.

En lo mismo, expuesto aquí de una manera general, que la Santa había dicho en particular para aquellos religiosos, a quienes “está reservado dar a conocer el valor y la utilidad de este precio-

⁹ *Vie et oeuvres*, tom. II, p. 624